

# **Su última petición**

Frank Binford HOLE

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - El recuerdo</b> . . . . .	<b>4</b>
<b>2 - Un testimonio</b> . . . . .	<b>5</b>
<b>3 - Responsabilidades</b> . . . . .	<b>5</b>

Pocos episodios de la vida de nuestro Señor están relatados al menos tres veces en los cuatro Evangelios; la institución de la cena del Señor en la noche en que fue entregado es uno de ellos. El apóstol Juan, el único de los cuatro evangelistas que lo omite, se toma el tiempo de darnos cuenta de todas las maravillosas palabras pronunciadas por el Señor a sus discípulos en esta ocasión; esta omisión, según un designio divino, es compensada por Pablo, el apóstol inspirado, que nos cuenta en [1 Corintios 11](#) cómo esta ordenanza del Señor le fue revelada especialmente por el propio Señor. Lo recibió, no de Pedro, Juan o cualquiera de los otros once que estaban presentes en esa ocasión, sino «del Señor». Luego la transmitió fielmente a los corintios y a nosotros.

Si leemos solo los relatos que se dan en [Mateo 26](#) y [Marcos 14](#), podríamos considerar que describen una pequeña y conmovedora ceremonia diseñada especialmente para conmover los corazones de los discípulos en esta ocasión tan sagrada, pero sin ningún significado para nosotros, pues no hay ninguna palabra registrada que deje claro que esto se aplique en adelante. Casi podríamos decir lo mismo del relato de [Lucas 22](#), salvo que allí tenemos la expresión: «Haced esto en memoria de mí» (v. 19). Podríamos tener la impresión de que al decir esto el Señor estaba insinuando los tiempos que seguirían, pero esto es solo una impresión, pues no hubo ninguna instrucción específica de la boca del Señor. Después de todo, este «haced esto» solo podría aplicarse a ese momento concreto de la noche de la traición.

Pero cuando leemos las palabras inspiradas del apóstol Pablo, ya no nos quedamos con nuestras impresiones: tenemos la certeza de las instrucciones divinas. Recuerde las palabras de nuestro Señor sobre el pan y la copa, pero para esta registra palabras omitidas en los otros tres relatos: «Siempre que... bebáis de esta copa». Luego añade a estas palabras su propio comentario inspirado: «Porque siempre que comáis de este pan y bebáis de esta copa, la muerte del Señor proclamáis hasta que él venga» ([1 Cor. 11:26](#)). Por lo tanto, es absolutamente cierto que el Señor requiere que sus discípulos observen esta sencilla ordenanza durante su ausencia, hasta que él venga.

Ahora bien, ¿cuál era la intención y el propósito del Señor al instituir esta comida para ser observada durante el período de su ausencia? Resumiremos nuestra respuesta a esta pregunta en tres puntos.

## 1 - El recuerdo

La primera respuesta obvia es que él quería que sus santos lo recordaran porque sabía muy bien que estarían en un mundo en el que Satanás multiplicaría todas las distracciones posibles, todos los artificios para tratar de ocultarlo a su fe y el amor de ellos por él. De ahí sus palabras, repetidas tres veces en la Escritura: «Haced esto en memoria de mí».

Sin duda, ama que su pueblo lo recuerde, especialmente en un momento en el que es rechazado y prácticamente olvidado por el mundo. ¿No nos interpela este hecho, al margen de cualquier otra consideración, y mueve nuestros corazones a responder a su deseo?

Pero hay otra consideración: lo que es bueno y necesario para nosotros. Tenemos gran necesidad de recordarlo y de mantenernos bajo la dulce influencia de su amor, por eso, no solo la institución en sí misma, sino su naturaleza, nos es necesaria. Los dos elementos que tenemos ante nosotros representan su muerte. Habló del pan como su cuerpo, de la copa como su sangre; no ambos juntos, como si representaran a un Cristo vivo en la tierra, sino totalmente separados el uno del otro, representando su cuerpo entregado por nosotros y su sangre derramada cuando estaba muerto. Mientras comemos y bebemos, tenemos ante nuestros ojos los símbolos de Cristo que murió por nosotros y que, por tanto, nos permite decir: «En esto conocemos el amor» (1 Juan 3:16).

Por supuesto, debemos recordarle siempre de él y de su muerte, pero eso no es razón para descuidar esos momentos especiales que están de acuerdo con su palabra. Si los primeros discípulos de Troas tenían la costumbre de reunirse el primer día de la semana para partir el pan –lo cual, según Hechos 20:7, no parece excepcional sino habitual–, ¿no cree usted que los discípulos del siglo 21 bien podrían observar la ordenanza con la misma frecuencia? Los de Troas vivieron poco después del gran acontecimiento conmemorado, y muchos de ellos eran probablemente contemporáneos. Estamos a casi 20 siglos de distancia de ella. ¿No es esta gran conmemoración una necesidad más vital para nosotros, si cabe, que para ellos?

Si nuestro Señor y Maestro nos hubiera pedido que hiciéramos algo grande, ¿no lo habríamos hecho? Cuánto más, cuando nos presenta símbolos tan sencillos, pidiéndonos que hagamos una cosa tan pequeña como comer y beber en recuerdo de él. Ved su sabiduría en esto, ya que la manera del hombre es a menudo erigir elaborados monumentos para mantener vivo el recuerdo de personas o cosas que al final

resultan ser de poca importancia.

La manera del Señor ha sido utilizar los medios más sencillos posibles para exponer ante nosotros lo que tiene una importancia infinita y eterna. De lo contrario, podríamos tener todos nuestros pensamientos centrados en los símbolos y descuidar su significado. La extrema sencillez de los símbolos pretende resaltar las grandes realidades que representan.

Además de recordarlo en su muerte, cuando tomamos su cena estamos proclamando «la muerte del Señor». Esto indica que el Señor quería que la ordenanza tuviera un valor evidente ante los hombres. Es un testimonio del hecho de que él murió.

## 2 - Un testimonio

El carácter de este testimonio no puede ser contradicho. Es un acto externo realizado en cuanto ha sucedido lo que se conmemora, hasta ahora. Para muchos de nuestros lectores, la gran fuerza de este testimonio puede pasar desapercibida.

La muerte y la resurrección del Señor Jesús son, por supuesto, el tema del evangelio, de modo que se da un testimonio de ello a los hombres siempre que se predica fielmente el evangelio. Sin embargo, no sustituye a la cena en este aspecto. El evangelio proclama su muerte y sus maravillosos resultados, mientras que la cena proporciona el testimonio permanente de su realidad. Ambos son necesarios, pero, en el primer caso, solo pueden participar unos pocos, mientras que, en el segundo, pueden participar todos los auténticos santos, uniéndose para proclamar su muerte. ¿Acaso la idea de hacer esto no interpela el corazón cada creyente?

En tercer lugar, el Señor instituyó la cena para que fuera una expresión de comunión –la comunión de su muerte, y ciertas responsabilidades están ligadas a ella.

## 3 - Responsabilidades

Esto está explicado en [1 Corintios 10:15-22](#). No ha sido instituida y no debe ser vista como un asunto individual. Porque «nosotros, siendo muchos» los que participamos en ella, expresando así el hecho de que «somos un solo pan, un solo cuerpo». Observe con mucha atención la formulación de estos versículos. El único pan de

la cena representa el santo cuerpo personal de Cristo entregado por nosotros en la muerte. Nuestra participación conjunta al comer este único pan resalta nuestra unidad como miembros del único Cuerpo de Cristo, la Iglesia. No es el único pan lo que manifiesta la unidad de los creyentes, sino su participación en ese único pan. De este modo, cada uno de nosotros expresa su identificación con su muerte y se compromete con todas las responsabilidades que se derivan de ella.

Los pobres paganos que ofrecían y comían cosas sacrificadas a los ídolos estaban en comunión con los demonios. Esto es lo que nos dicen los versículos 19 y 20. El israelita que comía de los sacrificios entraba en contacto con Dios, participando de su altar, y por lo tanto tenía que tener mucho cuidado con su forma de comer, como atestigua [Levítico 10:12-14](#). Esto es lo que nos dice el versículo 13. Lo mismo ocurre con el cristiano, como nos dice el versículo 21. Al participar en la mesa del Señor debemos ser necesariamente muy cuidadosos. No podemos tocar la «mesa de los demonios» y muchas otras cosas impuras e inconsecuentes. Es nuestra responsabilidad ser fieles a Aquel que murió y que es el centro de nuestra comunión. Esto no quiere decir que todos debamos ser fieles unos a otros, sino que todos debemos ser fieles a él mismo y al hecho de que murió. Es realmente una responsabilidad.

El Señor nos pedirá cuentas de esa responsabilidad. Al quebrantarla, le provocamos a celos, como nos lo recuerda el versículo 22, y como lo ilustra [1 Corintios 11:29-32](#). Pero no diremos más sobre esto por ahora.

La responsabilidad está ahí y debemos afrontarla. Incluso si ignoráramos esta última petición de nuestro Señor, como lamentablemente hacen algunos, no podríamos evitar esta responsabilidad, sino que asumiríamos una mayor. Después de todo, no hay nada difícil ni aburrido para quien ama verdaderamente al Señor.

Su última petición apela a los afectos más profundos de nuestro corazón. ¿No hay en cada uno de nosotros ese amor que nos mueve a responder?

«*Edification*» Vol. 2, 1928, páginas 148 y sig.